



EL HILO

Crónica de los días en
los que se paró el mundo

EVA SANTANA LÓPEZ

edebé

periscopio

EL HILO

**CRÓNICA DE LOS DÍAS
EN LOS QUE SE PARÓ EL MUNDO**

EVA SANTANA LÓPEZ

EL HILO

CRÓNICA DE LOS DÍAS
EN LOS QUE SE PARÓ EL MUNDO



edebé

© Eva Santana López, 2022
© Ed. Cast: Edebé, 2022
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock

Primera edición, febrero 2022

ISBN: 978-84-683-5592-4
Depósito legal: B. 16091-2021
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Puedo oler problemas aquí, en este apartamento.
Primero se rompe la pierna
y luego mira por la ventana; ve cosas que no
debería ver. Problemas.

La ventana indiscreta, Alfred Hitchcock, 1954.
(Basada en el relato de Cornell Woolrich,
It has to be murder).

Índice

1. La ventana.....	9
2. Complot	14
3. Ridículo.....	18
4. Permiso de viaje.....	22
5. ¿Y si...?	26
6. Falsos sanitarios.....	31
7. Primera víctima.....	37
8. Colapso hospitalario.....	42
9. Tres misterios	46
10. Un caldito.....	51
11. Intensificación de los controles.....	55
12. Negociación	59
13. Los sin techo	63
14. Un buen libro	68
15. A grito pelado.....	72
16. Las uñas de Concha	76
17. Esto va en serio	80
18. El mensaje.....	84
19. Vecinos	88
20. Noticias mundiales y locales.....	93
21. El andador	98
22. Sesión de cine	102
23. <i>Shukran</i>	106
24. Pésame	111

25. El asesino de la cuarentena	116
26. Nueva lectura	121
27. El 112	125
28. Paranoia.....	129
29. Senegal.....	134
Epílogo.....	140

1. La ventana

Ya no puedo más. Estoy al principio del túnel y desde aquí no se atisba la luz del final. Siento una mezcla de sensaciones que oscilan entre el hastío, la claustrofobia y la vagancia. Tal vez, por eso estoy todo el tiempo mirando por la ventana. Han transcurrido siete días exactos desde la orden de confinamiento emitida en todos los medios por el presidente del Gobierno de España. Oficialmente, la declaración del estado de alarma empezaba el lunes 16 de marzo de 2020, pero los rumores habían ido llegando cual ola de tsunami desde principios de mes. Ciento sesenta y ocho horas. Las he contado. También he hecho otros cálculos: si resto las ocho que paso durmiendo y las dos que dedico a asearme y a hervir un plato de pasta, o de arroz, o de patatas, y a acompañarlo de una tortilla, de una lata de atún, o de un trozo de carne a la plancha, me quedan noventa y ocho horas para mirar por la ventana. Eso es lo que hago desde hace casi cien horas. También navego por la red, sigo series y chateo por el móvil. Pero, incluso cuando hago todo eso, contemplo detrás de la pantalla de mi portátil la ventana que da a la calle vacía.

Papá y mamá me llaman a menudo para confirmar que sigo bien. Al principio les preocupaba no estar

aquí conmigo. Se sentían culpables, creo. Salieron un lunes para Marruecos a visitar a un proveedor nuevo y el jueves, antes de que pudieran volver, cerraron las fronteras. Con diecisiete años, opinan que ya soy «mayorcita» para quedarme unos días sola en casa. No es la primera vez que hacen una escapada y me dejan campando a mis anchas. Antes de irse toman sus precauciones. Mamá llena de táperes la nevera y papá me recuerda las tres prohibiciones de rigor: uno, no organizar fiestas en casa; dos, no salir por la noche y tres, responder siempre al teléfono sea cual sea la hora a la que me llame. Pero hasta este momento esas escapadas transcurrían siempre en días de normalidad, no de pandemia mundial.

Nadie sabe si los días de confinamiento se convertirán en semanas o en meses. Dos de las prohibiciones de papá son absurdas, la de no hacer fiestas y la de no salir por la noche. No lo hago cuando están ellos, que es casi siempre, por lo que dudo que me salga alguna oportunidad las pocas veces en que ellos no están. La del móvil tiene más sentido. Reconozco que soy muy despistada y que suelo dejarlo en modo silencio u olvidado en cualquier rincón y, cuando ellos no están, si tardo en contestar, se angustian. Ahora no puedo salir por decreto ley, pero tampoco es que durante mi vida sin pandemia yo fuera la más popular de la clase y que estuviera todo el día de marcha. Mi rutina diaria consiste en ir por la mañana al insti y por la tarde a trabajar unas horas en una ludoteca. Soy lo que se dice «una chica responsable». Papá me considera demasiado madura para mi edad y mamá suele co-

mentar que no me iría mal desmelenarme un poco. Lo haré, tal vez, cuando acabe la selectividad. Ahora, no es el momento: necesito obtener una nota de corte alta para poder entrar en la universidad pública. Además, los niños de la *ludo* me dejan tan agotada que al salir solo tengo ganas de irme a casa. Por eso, porque no salgo nunca de fiesta con los amigos (¿qué amigos?, por otro lado) y porque saco buenas notas dicen en clase que soy «rarita». Rarita..., ¡un cuerno! ¡Ja! Los que me parecen «raritos» a mí son los que se pasan el día haciendo *tiktoks*; los que fuman para aparentar ser mayores, pero esconden los cigarrillos, y los que le siguen el rollo al gallito de turno solo para que no se meta con ellos. Seré un poco mal hablada y despistada, lo reconozco, pero más normal que muchos.

Volviendo a la separación forzosa de mis padres: ahora que ven que estoy bien, creo que están incluso aliviados de no estar aquí, encerrados conmigo. No sé si soportaríamos pasar tanto rato juntos. Bueno, ellos, no lo sé. Yo, seguro que no. Al menos ahora que estoy sola puedo dormir y comer cuando tengo sueño o hambre, no cuando lo deciden ellos. Mamá montaría uno de sus números si me viera engullendo un plato de espaguetis fríos a las dos de la mañana. Y, sin embargo, ¿hay otro momento mejor para comer que cuando te entra el hambre? El silencio que me rodea es total. Solo se escucha el tenedor golpeando el plato y mis labios sorbiendo un trozo de espagueti. No se oye el motor del ascensor, ni a Concha, la vecina del tercero, moviéndose arriba y abajo con su andador, al que le chirrían las ruedas; ni a Cosme, el conserje, fre-

gando las escaleras y dando trastazos con la fregona. A esas horas todos duermen.

Todos, menos el chico del bloque de enfrente. La luz recortada en su ventana lo delata. Somos los dos únicos insomnes de la calle. Las otras ventanas tienen las persianas bajadas o los pórticos cerrados. Me he aficionado a espialo. Él no me ve porque yo no enciendo la luz. Uso la cámara del móvil para acercar la imagen de su cuarto. Amplío el encuadre con los dedos y lo veo moverse arriba y abajo. Va de la mesa a la pared, pega un pósito de color amarillo, verde o rosa, y luego vuelve. Escribe en el ordenador y también en los papeles de colores, se estira en la silla con las manos tras la nuca y un lápiz entre los labios. Lee el monitor mientras se da golpecitos con el lápiz o lo mordisquea. Se concentra. Se estira. Bosteza. Y repite de nuevo la coreografía: mesa, papel, pared, ordenador. Nos separa una calle y un piso de altura, por eso necesito ampliar al máximo para ver los detalles. Captó bien sus movimientos generales, la ropa desordenada y tirada por el suelo, los libros amontonados en una esquina de la mesa, la cama deshecha..., pero no llego a ver lo que escribe. Me tiene intrigada porque no sé qué hace tantas horas trabajando y qué es lo que le preocupa tanto. Desde esta distancia, no consigo ver la pantalla con claridad y me mosquea porque no son horas para tanta actividad. Debe de ser importante lo que lo mantiene despierto. Todo el fruto de su trabajo lo escribe en los pósitos que luego pega en un corcho enorme que tiene colgado en la pared contraria a la ventana, lo que me otorga una vista completa

del mural de colores. Se me ha ocurrido hacerle fotos y descargarlas en mi ordenador. De este modo, podré ampliarlas a todo lo que dé el *zoom* y a ver si así me entero de lo que a él le mantiene trabajando hasta altas horas de la madrugada y a mí sin poder dormir por la intriga.